

pueden equipararse a los de Cané, de tan fina intención y tan castizo decir.

Este «Cancionero de Buenos Aires» (1) que acaba de aparecer en edición muy lujosa y con una bella portada de María Angélica Candiotti, la esposa del poeta, nos muestra a su autor en pleno dominio de sus medios artísticos, señor del verso y de la entraña del idioma, y con una sencilla elegancia rítmica sorprendente.

Su romance «Pareja», que evoca una escena de amor entre negros del siglo XVIII, en Buenos Aires, es una obra maestra, como no se han hecho muchas en América.

Este poeta argentino es uno de los pocos cultivadores del romance que no tiene parentesco alguno con el autor del Romancero Gitano. Y es cosa de señalarse, hoy que los imitadores del granadino se cuentan por millares.—C. P. S.



ALGUNAS POESIAS, por José Jacinto Milanés (Publicaciones de la Secretaría de Educación.—Dirección de Cultura).
La Habana, 1937.

Hijos de padres modestos, el 16 de Agosto de 1814 nació en la ciudad de Matanzas, Cuba, José Jacinto Milanés y Fuentes, «el más cubano de todos los poetas cubanos», al decir de su compatriota Alfredo Zayas y Alfonso en «*La poesía patriótica en Cuba hasta 1868*». En su propio hogar le enseñaron las primeras letras y a pesar de la inopia de sus padres estuvo en el colegio, muy reputado en la isla, que dirigía el educador don Ambrosio José González, alcanzando alguna instrucción superior que no pudo terminar.

Pero José Jacinto Milanés tenía un deseo seguro de perfec-

(1) Porter Hnos., Buenos Aires, 1937.

ción intelectual y sentía la necesidad de extender sus conocimientos lo que, ayudado por su vida retraída, le permitió acrecentarlos de manera abundante. Aprendió latín y se dedicó, en especial, al estudio de algunos idiomas, dominando varios de ellos ampliamente. En diversas ocasiones reemplazó a su profesor en la cátedra de latín, siendo muy joven, y tiempo después escribió versos en francés, canciones en italiano e hizo numerosas traducciones, sobre todo de poemas de Víctor Hugo; dejó inconclusa la del drama «Cristina» de Alejandro Dumas padre.

Paralelo a su duro trabajo en una casa comercial de uno de sus parientes, sus estudios de auto didacta lograron consolidarse una cultura humanística sólida, a pesar de su juventud. Sus primeros versos se publicaron en el «Aguinaldo Habanero», debido a Domingo Delmonte, escritor ya conocido y estimado en las letras cubanas y que habíale tomado estimación a Milanés porque éste en sus versos no imitaba a José María de Heredia, célebre entonces y por lo mismo, poeta a la moda y al cual seguía la juventud cubana, sino que intentaba destacar un personal, diferenciado acento, aunque era titubeante su condición expresiva.

Sus composiciones «*La Madrugada y Resquiaescat in pace*» obtuvieron inusitado éxito lo que contribuye, junto con la palabra alentadora de Domingo Delmonte, a que Milanés se entregara con actividad continuada a producir más versos. E inicia también sus primeros trabajos en prosa. Sus versos eran recitados y comentados favorablemente por la sociedad cubana de su tiempo. De «*La Madrugada*» dice José María Chacón y Calvo, penetrante ensayista cubano, que «de la más personal de sus poesías, sólo un fragmento puede insertarse en colección limitada, pero ese fragmento que posee un valor independiente de la composición, da la síntesis de la naturaleza idílica del infortunado autor».

En La Habana estrenó su producción dramática «*El Conde Alarcos*», cuya aceptación en el público de la isla, fué uná-

nime, traspasando el Atlántico y haciendo llegar hasta Madrid el eco de su triunfo. Estrenó después en Matanzas «*Una Intriga Paternal*», comedia de costumbres y escribe «otras obras menores», como «*El poeta en la Corte*», «*El Mirón Cubano*» que no terminó, «obras a las que los críticos e intelectuales de esa época, recibieron con más calor del que merecían, en realidad», asegura el prologuista de «*Algunas poesías*», José Sergio Velázquez. Por este mismo tiempo colaboraba en «*Flores de Mayo*», «publicación de gran prestigio cultural que dirigía don Ramón Zambrana, uno de los afectos que no le abandonaron hasta su muerte».

En su ciudad natal Milanés adquiere «un extravío mental» que lo tuvo con la razón perdida; se supone, se afirma por algunos de sus comentaristas, que el fué originado por la negativa de su prima Isabel a corresponderle su fuerte inclinación amorosa. «Ante la persistencia de la gravedad de su mal, un hermano, Federico, se lo llevó a los Estados Unidos, en donde Milanés vuelve, por unos instantes, a sus estrofas, cantándole, en soneto, al Niágara. Pero, ya, no es el poeta que «a menudo sacrifica la armonía del verso a la originalidad del pensamiento y la sencillez del estilo al ansia de enseñar, corregir y parecer preceptista» (Francisco Clacagno) sino, un rimador forzado, duro, sin la naturalidad y el candor que lo caracterizaban: un poeta, diferente al que fué siempre».

Anduvo después por Inglaterra, Francia, Italia. En este país supo la muerte de su madre la que lo hizo retornar a su patria en el mismo estado en que se fuera, porque el año en el extranjero de nada sirvió en la «búsqueda de su cordura». Y la inspiración espontánea, dulce, romántica, suave, moralista, bondadosa y melancólica de Milanés, que desde siete años atrás venía enmudeciendo más y más, se silenció para siempre, bajo una mordaza de una locura incontenible, que a diario crecía, paulatinamente». En el Otoño de 1863 murió Milanés en Matanzas.

Para nosotros lo que nos interesa en esta poesía de Milanés que, no obstante su cultura y la atención con que seguía el movimiento cultural de su esposa, dista mucho de ser representativa, es el sentido humano, su preocupación por el miserable, por el ser extra social. Existe en su poesía una gran capacidad de perdón para los desgraciados, como fuertes dosis de condenación para la sociedad. Milanés comprendía y sentía con intensidad las injusticias sociales, las debilidades humanas y era piadosa su voz para expresarlas. Como bien dice Antonio Sánchez de Bustamante «para contraste y color de sus obras, puso la realidad contemporánea, imperfecta e injusta, equivocada y cruel, viciosa y decadente» en sus versos que no siempre producen placer con su lectura, pero que debido a su contenido y a que las condiciones generales de la vida, poco o casi nada han cambiado desde entonces acá, y a los motivos que canta—La Ramera, La Cárcel, etc.—todavía conservan un significado de actualidad y es en este aspecto en el que el verso de Milanés puede aun ser leído, siempre que haya la necesaria comprensión.—A. T.



TIEMPO AUSENTE, poemas por *Jerónimo Lagos Lisboa*, Nascimento, 1937.

El tiempo que se fué tiene siempre en el espíritu un elocuente significado. La evocación amorosa lo empapa con la preterita belleza que tuvo la esperanza encendida por ese claror de amanecer que hay en toda ilusión. Y es que cuando los años comienzan a pesar, la sensibilidad del hombre va haciéndose más sutil para percibir los matices con que la emoción nos toca el alma. En el recuerdo, estas sensaciones se van cincelandando como finas y delicadas aristas que ponen de relieve aquellos pequeños detalles, cuyo encanto antes no supimos ver ni apre-